

El run run de las cosas

PABLO SILVA OLAZÁBAL

Onetti en la Costa Azul

Estábamos sentados en una terraza en la Costa Azul, en una noche de verano. Era un restaurante de lujo y había mucha gente: todos bebíamos felices al aire libre. Debajo de la terraza se desplegaban enormes jardines: la brisa nocturna traía el aroma de árboles y vegetación. Éramos muchos, tantos que habíamos juntado varias mesas redondas, pegadas unas a otras como un collar mal hilvanado. En el centro estaban Onetti y Julianne Moore; ella, brillante con su cara limpia y su aire de inocencia –que no descartaba una adultez asumida y plena–, él literalmente subyugado por aquella presencia femenina que le dibujaba una sonrisa permanente en el rostro. No hablaba, porque no lo necesitaba: se limitaba, a contemplarla y a festejar cada una de sus ocurrencias. Todos estábamos felices. Incluso Dolly, sentada un poco más lejos, levantó un vaso para brindar porque “estamos todos juntos”.

Un integrante de otra mesa se aproximó y con cierta timidez pidió un autógrafo. Lo miramos en silencio. “¿A quién?”, dijo alguien, “hay tantas personalidades...”. Todos reímos por la *boutade*, que en realidad no era tal: sólo Moore y Onetti eran famosos.

Un señor que estaba a mi lado, un francés de bigotito, tocó mi antebrazo y me susurró “vas a ver cómo Juan firma con la cara”. No lo entendí muy bien pero no me importó porque estaba concentrado en ver qué hacía Julianne. Con infinita gracia y sin dejar de sonreír la vi tomar varios papeles y firmarlos rápidamente. Luego los repartió entre los fans que, como un cardumen, se arremolinaban alrededor de ella. Mientras tanto Onetti, con los brazos cruzados, dialogaba distraído con algunos de ellos. Comprendí que no les firmaba nada porque no tenía dónde hacerlo; rápidamente le alcancé una libretita que llevaba en mi saco. Él la tomó al vuelo y sin dejar de hablar ni de mirar a aquella gente que lo escuchaba hipnotiza-

da, extrajo de su bolsillo un pequeño lápiz rojo y se lo apoyó en el rostro. Lentamente, sin dejar de hilvanar ironías de doble y triple sentido que concitaban la admiración de todos, empezó a marcarse las comisuras de los labios con una línea finísima. Luego siguió con el contorno inferior de la cara: la nariz, la barbilla y la mandíbula, todo sin dejar de hablar un instante.

Alguien que estaba más atrás dijo “mucha simpatía, pero en el fondo Onetti es un amargado”. Nadie lo rebatió y eso me llamó la atención, porque el comentario había sido muy agresivo, pero la sensación de bienestar era tan intensa que nadie quiso arruinarla refutando a un pesado.

Cuando Onetti terminó de delinearse la mitad inferior de la cara, acercó el papel al rostro y lo apoyó ante la mirada atenta de todos. Cuando lo sacó había una caricatura de trazos simples y certeros: era su cara sonriente. La mostró a todo el mundo como si fuera un mago y luego, en el aire y sin apoyo alguno, escribió una dedicatoria. Debajo, con el pulso tembloroso de los borrachos, agregó: *Juan Carlos Onetti*.

Nota actual: curioso sueño del que tampoco conservo la fecha. Es muy simbólico porque reúne en una sola escena el anhelo secreto de todo escritor: estar rodeado de amigos junto a una mujer exquisita y culta, en un clima agradable, de buen gusto, disfrutando de la fama, el dinero y los buenos tragos *luego* –y esto es lo más importante– de haber creado alta literatura. El sueño realiza incluso una última fantasía: sobre el papel –sobre la página– queda estampada su cara de mejor felicidad.

Y todo transcurre en un entorno de humor, sin tomarse en serio a sí mismo. Casi nada.

Nota bis: una poeta lacaniana de cuyo nombre no quiero acordarme señaló con singular perspicacia que el apellido *Moore* suena igual a Muhr, apellido de soltera de Dolly, lo que la transfigura en la bella y talentosa actriz. Así, aparece dos veces: brindando alegría y tolerancia y también aportando belleza, dos vectores que configuran la mujer ideal, la musa y la compañera a la vez.

Zapatitos blancos

Era un mediodía radiante y más de sesenta personas estábamos sentadas en torno a una mesa larguísima, que se extendía en el amplio patio de un liceo. Celebrábamos una fecha patria o tal vez la despedida de fin de año. No hacía mucho calor ni mucho frío; había un sol de otoño que abrigaba sin sofocar.

El poeta Gerardo Ciancio y yo estábamos sentados en el centro de la mesa. Frente a nosotros estaba su esposa y otros amigos. También había padres, autoridades, etcétera. Ciancio es director de liceo, por lo que seguramente era la máxima autoridad en aquel centro, aunque no se comportaba como tal. Estaba feliz y dicharachero. Había un clima festivo y, luego de un almuerzo opíparo, todos disfrutábamos de una sobremesa pacífica en un ambiente de camaradería. Observé que todos los objetos (el mantel, los platos vacíos, los vasos y los adornos) eran blancos. Incluso muchas de las personas vestían de ese color –aunque eso no era tan raro: varios se habían quitado el saco y se habían arremangado las camisas blancas. En el centro de la mesa había una fuente que llamó mi atención. Era muy, pero muy larga, seguramente medía más de un metro y medio. El almuerzo había terminado y habíamos dado cuenta de toda la comida a excepción, de unas presas blancas y unas migas intrigantes que habían quedado en un extremo de la fuente. Todo el mundo reía y hablaba, pero una rara sensación me impedía integrarme a aquella pacífica sobremesa. Era algo inquietante, pero no sabía qué. De pronto comencé a mirar con mayor detenimiento lo que había quedado en aquel plato tan largo. Las presitas tenían una forma particular: después de contemplarlas detenidamente caí en la cuenta de que parecían unos zapatitos blancos. Los miré fijo, incluso se veía una media de puntillitas (blancas, claro está) ... pero ¿una media? ¿Con un piecito adentro?

El golpe mental fue tan fuerte que no pude verbalizarlo. Ni siquiera podía procesar ese pensamiento. *Solo quedaban esos zapatitos* ¿Nos habíamos comido a un niño?

Respiré agitado. Todo parecía cerrar, el tamaño de la fuente, su largo desmesurado y su ancho no demasiado angosto parecían las medidas apropiadas para...

“No”, pensé. “Basta”. Mi paladar se llenó de un sabor dulce. Era un recuerdo que se materializaba dentro de mi boca. Recordé el azúcar, era azúcar.

–Claro –murmuré– por eso las miguitas blancas...

Respiré con alivio, casi convencido. Debía ser eso. “Azúcar, claro”. Mientras tanto Ciancio, su esposa y los otros seguían riendo a mi alrededor. Intenté sumarme a ellos, imitarlos, pero no pude. La otra posibilidad era terrorífica. Impensable.

Nota: uno de mis cuentos se llama *Zapatos Blancos* y se centra en esa clase de calzado infantil (incluidas las medias con puntillas) pero no tiene nada que ver con este posible canibalismo... Ciancio trabaja una poética barroca con una sensibilidad donde lo orgánico y matérico es central y donde la canibalización artística no solo es aceptada sino buscada.

Los comensales eran adultos, no había jóvenes y sin embargo estábamos en un centro de enseñanza, que es un lugar habitual para jóvenes y adolescentes. El azúcar es energía, todo ese jolgorio alimentario bien podría tener un sesgo vampírico si no ocurriera en pleno día.

Pienso también en esos dulces mexicanos (ahora que lo escribo, todo ese blanco tenía un regusto a primera comunión) con formas de esqueletos y calaveras que son el manjar de los niños, aunque no se me ocurre cómo encajaría todo esto en el sueño. Tal vez hable del sacrificio del niño interior que todos llevamos a cabo cuando estamos entre adultos, sobre todo en una institución de enseñanza, pero esta interpretación me parece demasiado forzada, además de poco elegante.

Felisberto y la máquina del tiempo

Un joven y delgado Felisberto Hernández estaba entre gente de clase alta, en una sala bastante lujosa que pertenecía a un edificio decimonónico. El clima era el de una suerte de vernissage diplomático o de una antigua presentación de libros: una reunión formal donde los invitados conversaban animadamente. De pronto todos se quedaron serios y quietos. O mejor dicho impactados. Por alguna razón me di cuenta de que estábamos viviendo un fenómeno extraño, inédito, increíble.

El dato surgió nítido dentro de mi mente: alguien, seguro que para probarla, había encendido una máquina que causaba un efecto notable: el tiempo retrocedía.

Esto hacía que algunos comenzaran a desconocerse y otros, envarados, a mirarse con creciente desconfianza, diría que con cierta agresividad; esto explicaba también el porqué nadie se movía mucho. Todo el mundo permanecía en silencio, a lo sumo alguien murmuraba alguna frase de cortesía de modo embarazoso.

Felisberto comenzó a apretar las piernas, retorciéndose un poco y yo supe – con esa inmediatez que se experimenta en los sueños– que sentía unas inmensas ganas de orinar. Tenía la vejiga llena, pero no se movía, solo cruzaba las piernas retorciendo un poco la cintura. De pronto me llegó su pensamiento: “Como el tiempo fluye hacia atrás, solo tengo que aguantar un poquito”. Acto seguido suspiró con alivio y dejó de apretarlas. Luego sonrió.

Pensé que solo un ser tan original como él podía pensar espontáneamente algo como eso. Por último, me llegó una intuición vaga e imposible de confirmar: todo aquello había sido un experimento con el tiempo en el que Felisberto de algún modo estaba involucrado.

Nota actual: en este sueño Felisberto aparece en todo su esplendor como lo que es: el Buster Keaton de la literatura mundial.